



AÑO III

← BARCELONA 3 DE NOVIEMBRE DE 1884 →

NÚM. 149



¡MUERTA!

SUMARIO

LA VUELTA AL AÑO, por don J. Ortega Munilla.—NUESTROS GRABADOS.—PENSAMIENTOS.—LA MANO DE DIOS (conclusion), por don Manuel Fernandez y Gonzalez.—LA CAJILLA DE FÓSFOROS, por don E. Benot.

GRABADOS: ¡MUERTA!—EL PRIMER PASO, cuadro por Kaulbach.—LA RAMBLA DE LAS FLORES EN BARCELONA, dibujo por Pellier.—COSTUMBRES ANNAMITAS Y CHINAS, dibujos por Meaulle.—BEBÉ, por Stuckelberg.—LLEGADA DEL JEFE.—SUPLEMENTO ARTÍSTICO: RETRATO DE UN ALMIRANTE, por Troitz Hals.

LA VUELTA AL AÑO

MADRID

Carreras de caballos.—El culto de la materia.—El jockey.—El poema del hierro.—Tamayo en la Biblioteca Nacional.—¿Por qué no escribe Tamayo? Digámoslo.—Un libro prohibido.—La cuestion del Real.—Ultima version.

Han empezado las lluvias de otoño, pero han tenido la consideracion de suspender un día sus hilos de agua en la atmósfera para que la buena sociedad madrileña celebre la primera carrera de caballos en el Hipódromo de la Castellana. Los cronistas de la *alta vida* (traduiremos esta vez al castellano la frase inglesa que tanto se usa sin saber lo que significa) dicen que esta vez no se ha podido dar a la fiesta del Hipódromo la brillantez que suele.

El Rey no asistió a ella; muchas personas de la aristocracia faltaron; en cambio hubo gran número de apostadores que fueron allí a perder ó a ganar su dinero en las mismas condiciones en que irían a una ruleta. El *Sport* hípico no está en España tan desarrollado como es preciso para que esta fiesta interese a un número considerable de personas; queda reducido, pues, a un espectáculo no del todo comprendido por el público, y como tal, es indudable que ofrece atractivos. El caballo, cuidado como el Gran Turco cuida a sus odaliscas, enfundado con mantas inglesas todo el año, de tal manera que no le da el sol ni el polvo a uno solo de sus pelos, conducido a mano por el *groom* y mordisqueando las correas del bridaje, es el principal motivo del espectáculo; luego despues aparece el *jockey*, enano, robusto, de nervios de acero, con su casaca de raso flotante y multicolor, con su casquete calado hasta las orejas, bajo cuya visera se ve un rostro que no se puede decidir si es de viejo amojamado ó de niño reviejuelo, con unos pelos amarillos que podrian tomarse por una sembradura rala de azafran, encima del labio y a lo largo de las mejillas; con sus pupilas verdosas y pálidas; triste, desgarrado, incompleto, porque ha nacido y se ha educado para que la multitud le contemple a caballo, y cuando se le arranca de la silla y se le pone sobre el suelo, parece una figura a la cual falta su *pendant*. La educacion del *jockey* y la del caballo corren parejas y son igualmente antinaturales. En vez de luchar los caballos tal y como la naturaleza los produce ó tal como el arte de la procreacion pecuaria los da de sí, se añaden a estas condiciones de la lucha entre las distintas ganaderías una serie de prohibiciones, de compensaciones y garantías que sólo pueden explicar los que sean doctores en Hipódromos y licenciados en cuadra. Para igualar a dos caballos que tienen igual estatura, igual edad, igual procedencia, igual linaje, pero uno de los cuales ha ganado en otra carrera un premio, a este ganancioso se le echa encima un peso superior al que tiene el otro. ¿Por qué? ¿Qué razon hay que justifique este absurdo? Se trata de dos fuerzas iguales; en el momento en que se las desequilibra la lucha es desigual. Permítaseme a mí, profano completamente en estas profundidades del *turf*, echar mi cuarto a espaldas sobre materia de que tan poco entiendo.

En cuanto a la educacion del *jockey*, más que educacion es formacion. No se le deja crecer, se le pesa todos los días, se vigila el desarrollo de su vientre, se le obliga a andar leguas y leguas a pié calzado de pesados borcegués para que sudé y enflaquezca; quiere el hombre beber vino ó agua, nada de eso: ron, ron a todo pasto y comer poco y eso carne medio cruda rociada con té. De esta esclavitud en que vive el *jockey*, nace sin duda la tristeza de esos rostros que vemos pasar sobre la cruz del caballo, veloces, rapidísimos, ante nuestra vista por la arena del Hipódromo. Esclavos son ni más ni menos que los antiguos que acudían a las luchas de carros y a la carrera a pié de los circos romanos; y así como aquellos, llevan en los colores de sus blusas, no el prestigio de la ganadería nacional, sino el orgullo de una familia aristocrática ó de un prócer de la Bolsa, bastante rico para pagarse el lujo de tener cuadra, *horizontal* y *jockey*.

Triste es reconocerlo, pero ¿qué razon hay que nos lo impida? ¿Por ventura hemos hecho nosotros profesion de fe de Tartufos? Y aunque la sociedad con el dedo puesto sobre los labios nos imponga silencio, hemos de decirlo. Las carreras de caballos del Hipódromo, las corridas de toros de todas partes, los aplausos con que el público aristócrata de la Castellana acoge a *Rat-Penat*, caballo del Duque de Fernan Nuñez cuando aparece cabrioleando en la pista; el entusiasmo de los taurófilos que desenganchan en Málaga el tiro de mulas del coche donde va el espada Mazzantini y conducen al torero en triunfo hasta la fonda donde se hospeda; la cola de 500 aficionados que van detrás de la carretela de *Lagartijo* en Córdoba palmeando

y vitoreándole... todos estos grupos nacionales, todos estos detalles de la vida pública en España ¿no es verdad que corresponden a siglos más atrasados, a épocas que parecían mandadas recoger y que se pudrían cubiertas de polvo en un rincón del Museo Arqueológico?

* *

No hay que extrañarse, pues, de que a este culto de la materia, que a esta adoracion de lo externo, a esta posturacion de las multitudes (de todas las multitudes, así de las que se visten de raso y lucen los brillantes de Golconda, como las que visten blusas y se desayunan con una sardina y medio panecillo duro), ante el ideal de la carne, ante el hombre hecho, ante el triunfo, venga de donde viniere y proceda de donde procediere, corresponda esa larga crónica de crímenes que diariamente traen las columnas de los periódicos. Tres han ocurrido en la última semana, tres proezas de navaja, de esas en que cuando pasan los años y el curioso va a revolver en los amarillentos legajos de las causas criminales, ve aún entre las relaciones de las indagatorias y los considerandos de las sentencias el hierro agudo y goteando sangre que brilla siniestramente en el cielo de España.

* *

Mucho se ha elogiado estos días el acto en virtud del cual el Sr. Ministro de Fomento D. Alejandro Pidal ha destinado a ocupar el cargo de Director general de la Biblioteca y del Cuerpo de archiveros y bibliotecarios al eminente dramaturgo D. Manuel Tamayo y Baus, autor del *Drama nuevo*, de *Locura de amor*, de *Virginia* y de otras producciones dramáticas dignas del más excelso talento. Ha merecido tales simpatías este nombramiento, porque el Sr. Tamayo y Baus es el primer autor dramático de España, uno de los pocos literatos cuyas obras resultan indiscutibles hasta para sus enemigos, un prodigioso constructor de frases y un maravilloso creador de caracteres; y además, porque el Sr. Tamayo y Baus vive en la modestia más absoluta, en un retiro monacal, en el piso principal de la Academia Española que por antigua tradicion concede a sus secretarios perpetuos, cargo que ejerce este insigne hombre, el hospedaje. El Sr. Tamayo se obstina en vivir separado de los aplausos y de las multitudes, se niega a escribir ninguna otra nueva produccion; y aunque no este año ni el pasado, sino todos, las empresas teatrales solicitan de él una obra, nunca la consiguen. El Sr. Tamayo se contenta, ya lo hemos dicho antes de ahora, con vivir de la sombra de su gloria y del recuerdo de sus triunfos.

Hace pocas noches un amigo mio se encontraba con el Sr. Tamayo en el *foyer* de un teatro y despues de darle la enhorabuena por el nombramiento de que ha sido objeto le decia:

—Vamos a ver, D. Manuel, confíeseme V. con franqueza qué motivo es el que le aleja de la escena. ¿Por qué no escribe V. nada nuevo? ¿No sabe V. que el público lo espera con ansia? ¿Ignora V. acaso que literatos, críticos, poetas, novelistas, periodistas tendrian por gloria el elogiar lo que V. escribiese y ponerlo por encima de los cuernos de la luna, tributándole uno de esos homenajes públicos que honran a las naciones porque acreditan el culto hacia sus hombres eminentes y el amor hacia las glorias vivas? Pues si esto es así, y V. no podrá negar que es cierto cuanto digo, ¿a qué viene ese empeño, a qué esa tenacidad pesada, por qué privarnos del placer de que escuchemos y aplaudamos una nueva creacion del autor del *Drama nuevo*?

A lo que el Sr. Tamayo y Baus contestó con una sonrisa entre benévola y mefistofélica que le caracteriza, que seria imposible de pintar y que resulta aún más imposible de describir:

—Vea V., dijo el insigne dramaturgo, todo eso que usted ha dicho es verdad; sé que aunque innecesarias tengo muchas simpatías y que sin que yo haya hecho nada para obtenerlo, el aplauso público está unido a mis obras. Pero esto consiste en una cosa muy sencilla. Todos me tratan como a un muerto. ¿Ha visto usted que cuando se pone en escena una obra de Lope de Vega, se le ocurra a ningun Zoilo ni a ningun criticastro poner defectos a aquello que se está representando? Sin duda alguna que no. Pues lo mismo sucede con mis dramas. Todo el mundo está convencido de que yo no he de escribir nada para el teatro, y me tratan con esa benévola condescendencia que inspiran los difuntos. Es más, llega mi optimismo a creer que si hiciese una obra nueva seria muy aplaudida; pero ¡ay de mí, si hacia otra despues! es decir, si insistía en la faena, porque como todos se convencieran de que aquel a quien ellos habian cantado los resposos de gloria se obstinaba en volver al mundo y participar del banquete de pan y celebridad de sus contemporáneos, entonces vendrian sobre mí flechas envenenadas y me reducirian a polvo. Nada, nada, créame V. que hago bien en lo que hago: silencio, oscuridad, calma, no aspiro a otra cosa y eso lo tengo ya.

No nos convence el Sr. Tamayo con este razonamiento. Algun motivo hay más poderoso que obra constantemente en su espíritu, que atenacea y ata sus facultades creadoras. ¿Qué puede ser ello? Pues no es para nosotros difícil la solucion de este enigma. Los académicos cuando abandonan el mundo de los mortales y entran en aquella casa de los inmortales, parecen contraer un compromiso tácito con sus nuevos compañeros: el de escribir poco ó nada, porque si escriben mucho serán

muy discutidos y a aquella santa casa donde se conserva el idioma entre algodones no le conviene la discusion pública, porque de ella siempre sale mal librada. Hay excepciones en esta regla general; así, por ejemplo, el ambiente académico contrario a la actividad y al trabajo no ha podido agotar la facultad creadora inmensa de Castelar ni la concepcion de Campoamor; pero la mayor parte de los hombres eminentes que ocupan sillones académicos escogen para brillar entre sus contemporáneos la elocuencia del silencio.

Otro fenómeno curioso de la Academia Española, y no es de aquellos que deban perderse de vista para examinar esta materia, es con qué facilidad han entrado en su seno literatos de mérito nulo, hombres que no han escrito nada que el público aplauda. Pues bien, estos tales son los que llevan la batuta en la Academia. Cañete, Catalina, Leopoldo Augusto de Cueto, el Conde de Ceste, puede decirse que estos señores son los amos de la Academia Española. Quien éntre allí, es preciso que se haya puesto bien con ellos; y cuando los escritores liberales de mérito, que han ingresado en la Academia porque la fuerza de la opinion pública los ha impulsado, y ha conseguido vencer las barreras, llegan a la puerta de la eleccion, ántes tienen que ir a celebrar una misa en el altar donde se adora a Cañete.

* *

Mucho ruido ha producido esta semana la publicacion de una novela del Sr. Lopez Bago, titulada *La Prostituta*. Del contenido de ella baste decir que la autoridad gubernativa ha prohibido su circulacion conminando con 2,000 reales de multa al librero contraventor de la medida prohibitiva.

Aunque el autor presenta este libro con el carácter de ensayo naturalista, no lo es en verdad, y si fuera lícito discutir sobre cosas prohibidas se lo probaríamos al señor Lopez Bago. Hay un error notable en lo que atañe al naturalismo, que consiste en considerar tanto más naturalista una obra cuanto más obscena y la verdad es que naturalismo sólo quiere decir «verdad.» Por el camino emprendido se llegaria a pintar una humanidad encenagada en vicios y rodeada de lupanares, hospitales y lonjas de amor, como si los hombres además de tener este vicio no tuvieran otros, y como si contra esta cuenta de maldades no pudiesen oponer una considerable data de virtudes.

* *

Continúa sin resolverse la cuestion del Teatro Real. ¿Se abrirá? ¿No se abrirá? Los abonados confabulados contra el empresario se disponen a dar una batalla cada noche. El empresario se defiende procurando contratas con los mejores cantantes, pero los cantantes se niegan a presentarse ante un público a quien temen de antemano. En esta disposicion de espíritu el público será capaz de silbar a un coro de serafines en que cantara un solo el arcángel San Gabriel. Hoy por hoy es la gran preocupacion y el único motivo de conversacion en los círculos distinguidos de la corte. Las opiniones están divididas. Unos dicen que el empresario ha provocado al público a una lucha en que saldrá derrotado por su empeño injusto de aumentar los precios de las localidades; otros sostienen que el empresario está dentro de sus atribuciones poniendo precio a aquello que vende, y que ni los abonados ni nadie tienen sobre él otro derecho que el de tomar ó dejar de tomar los abonos y el de comprar ó dejar de comprar las localidades.

El tenor y la prima donna son dos productos raros de la produccion humana: como el diamante y el oro, su mérito consiste en su rareza. Seguro estoy de que si la voz bronca se pusiera de moda, deberia encontrarse extraordinario mérito en el timbre antimedioso de un sereno que canta las horas en las frias noches de diciembre. El empresario se considera despojado de su legitima ganancia por la aivez de los artistas que quieren que se cambie cada nota que sale de su garganta por un billete de Banco; y como justa compensacion de los peligros, eventualidades y molestias que lleva consigo el oficio de empresario, reclama el de la Opera el aumento en los precios de las localidades. Para tres noches sucesivas ha estado ya fijada la inauguracion, pero siempre ha ocurrido a última hora alguna cosa que la ha retrasado. Esta cosa podrá haberse llamado en los carteles indisposicion de un tenor, retraso en el viaje de la tiple ó falta de ensayo en los coros de *La Africana*, obra que se pondrá en escena la primera noche; pero en realidad lo que hay es el miedo de los artistas a resistir el exámen y la critica de un público que está dispuesto a encontrar malo todo lo que se le presente.

Ultima hora.—Anoche tuvo lugar la apertura, tantas veces anunciada, del Teatro Real, poniéndose en escena la ópera *Mefistófele*, cantada por la simpática Theodorini, la Mariani, el tenor Puerari y el bajo Silvestre.

En esta funcion hubo de todo: gritos, aplausos, protestas y hasta silbatos de la tranvía puestos en accion por aristocráticos labios; esfuerzos de la *claque*, secundados por los roviristas, para sobreponerse a las ruidosas demostraciones de los *protestantes*; derrota completa del tenor y del bajo, y por último intervencion de la autoridad. En resumen, ha habido para todos los gustos. Veremos en qué vendrá a parar este controvertido asunto, que tiene consternada a toda Europa.

J. ORTEGA MUNILLA

NUESTROS GRABADOS

¡MUERTA!

Una jóven escritora ha titulado cierto drama, escrito con el corazón, *Las mujeres que matan y las mujeres que mueren*. En este título están realmente incluidas una mujer, todas las mujeres, toda la mujer, como dijo Víctor Hugo.

La bella mitad del género humano ó lleva el egoísmo hasta la más refinada crueldad, ó lleva la abnegación hasta el más sublime heroísmo. La que permanece en un incoloro medio es una vulgaridad que de mujer tiene simplemente la forma, pero en manera alguna las pasiones.

La heroína de nuestro cuadro pertenece al grupo escogido, al grupo de los mártires. Guiada por el amor, que es un guía vendado, acudió á un lugar solitario para oír las dulces palabras de un hombre. ¿Cómo fué que halló la muerte allí donde esperó encontrar la dicha? El autor del cuadro no lo dice: para tales casos existe una palabra impía ¡la fatalidad!

Ello es que el enamorado doncel estrecha contra su seno la mármorea cabeza de un cadáver y que, abismado, abatido por un dolor, tanto más intenso cuanto era menos previsto, semeja á otro Romeo junto al helado cuerpo de la nueva Julieta.

El cuerpo de la jóven no está mal dibujado, pero le supera el del mancebo, cuya actitud es perfectamente natural en medio de su violencia. El conjunto del cuadro tiene un sabor de poética tristeza, sumamente adecuado á su romántico asunto.

EL PRIMER PASO, cuadro por Kaulbach

Este precioso cuadro está tan poéticamente concebido, como elegantemente ejecutado. Un hermoso niño da el primer paso, como si dijéramos entra en la vida, y cabe á él se encuentra el ángel del Señor que le ofrece su apoyo con la solicitud de un amigo, con el interés de un buen hermano. El niño al parecer vacila; su semblante expresa cierto temor, cierta intranquilidad, cual si ante su penetrante mirada apareciese un abismo á corta distancia. Ese abismo puede ser el mundo, lo sería indefectiblemente, si el ángel no guiara los pasos de la tierna criatura, esos primeros pasos que á menudo deciden del porvenir de un hombre.

El ángel de Kaulbach es tipo de la belleza mística, de la belleza inmaculada, que nos complacemos en atribuir á los emisarios de la Virgen María, que son los genios tutelares de los niños. Cuanto más se contempla su rostro, más hemos de reconocer la inspiración del artista, esa inspiración que únicamente se encuentra elevando el pensamiento á regiones superiores, á espacios sembrados de estrellas apacibles, á ese más allá en que el sentimiento cristiano coloca el origen y el término de la vida, el primer paso del niño y la última caída del anciano, la primera ilusión y la aspiración postrera.

LA RAMBLA DE LAS FLORES (BARCELONA), dibujo por Pellicer

Aquellos que sólo conocen á Barcelona de oídas, ó sea por su fama industrial, figúranse que nos asfixiamos dentro de una atmósfera de carbon de piedra, ó bien que somos refractarios á todo lo bello que no es susceptible de inmediata aplicación fabril ó mercantil.

Para desvanecer ese error, nada tan fácil y seguro como visitar nuestro Parque y aún mejor nuestra Rambla de las Flores, en la cual, á juzgar por la abundancia de ellas, reina la primavera desde el 1.º de enero al 31 de diciembre.

Pellicer, que ama á su patria, y que, como artista precioso, puede hacer resaltar sus bellezas, ha tenido la feliz idea de dibujar una escena de la Rambla de las Flores, escena en la cual si ha trazado con experto lápiz los personajes, ha procurado dar una idea de la abundancia y variedad de artículos expuestos en un mercado, que tiene cierto aspecto de paraíso. El autor no ha adulado el asunto; antes, por el contrario, su realismo le ha inducido á retratar á los interlocutores de la escena reproducida. Muchos de nuestros lectores echarán de ver entre aquellos á algún amigo, colaborador asiduo de nuestra *Biblioteca Universal*.

Quizás ese realismo perjudique á la parte poética de la composición; pero nuestro distinguido paisano ha izado la bandera de la verdad en el arte, y no es presumible que la arrie fácilmente. Nosotros distamos mucho de ser exclusivistas de escuela y respetamos, como es debido, la opinión de todos los artistas de talento.

COSTUMBRES ANNAMITAS Y CHINAS, dibujos por Meaulle

El autor de estos apuntes ha copiado del natural. Cuando tanto se ha mentido tocante á los hijos del Celeste Imperio y sus vecinos, bien merece la pena de que se les conozca un poco de verdad.

Cuando el annamita navega y ni el más ligero soplo de brisa viene á hinchar sus velas, que se abren ó cierran como un abanico, acude á un recurso tan infantil que, á puro serlo, demuestra su inconcebible atraso: se pone á silbar, muy creído de que al silbido del hombre corresponderá el del viento, como á la voz de un amigo responde la de otro amigo. Mas no todo consiste en silbar, sino en hacerlo ni muy fuerte ni muy débilmente; es un ejercicio que exige su práctica y su experiencia; lo cual prueba que hasta puede haber doctores en necesidades.

El chino es menos cándido, menos inocente que el annamita; pero no es más ilustrado ciertamente. Descon-

fiado hasta lo sumo, humilde hasta el servilismo cuando se propone explotar su bajeza, confundiendo el amor á la patria con el odio al extranjero, se encarama á lo alto de su junco, se arma de un paraguas ó quitasol que, por lo arruinado, ni priva del sol ni priva del agua, y desde su atalaya, una hora tras otra hora, contempla el espacio con cierto desden, porque al otro lado de ese espacio se encuentran los bárbaros, es decir, los pueblos de Europa, á los cuales detesta cordialmente, incluso al inglés que le proporciona éxtasis mortales.

Nuestros dibujos reproducen al annamita y al chino en su junco; entrambos á muchos siglos de distancia de la verdadera civilización.

BEBÉ, dibujo por Stuckelberg

De ese niño solamente cabe decir que nos le comeríamos á besos.

Poco amorosamente deben contemplarle sus padres... Tentaciones le dan á cualquiera de casarse, nada más que por la esperanza de tener un vástago parecido.

LLEGADA DEL JEFE

Esta escena de costumbres militares del ejército austro-húngaro, está apuntada de mano de maestro. Jinetes y caballos, militares y paisanos, están correctamente dibujados, demostrando su autor que ha estudiado á conciencia las costumbres de la milicia, reflejadas en el menor de los hombres de armas en los ejércitos disciplinados.

SUPLEMENTO ARTÍSTICO

RETRATO DE UN ALMIRANTE, por Troitz Hals

El autor de este precioso retrato es uno de los más ilustres pintores alemanes del siglo XVII. Contemporáneo de Rembrandt, se echa de ver que uno y otro pertenecen á una misma escuela, hasta el punto de que, á no ser conocido el retratista de nuestro almirante, pudiera atribuirse su obra al famoso artista de Leyda.

Con verdadera satisfacción publicamos el *Suplemento artístico* de este número, que indudablemente merece los honores del marco.

PENSAMIENTOS

Todo hombre en el mero hecho de serlo, tiene derecho á la justicia, á la simpatía y á la libertad. Este principio tiene su origen en el Evangelio: Jesucristo lo infiltra en el corazón humano para que de él se trasmita al cuerpo social.—*Guizot*.

La bondad es una belleza tan especial que se echa de ver hasta en los feos.

Aquello que aparentais ser, aquello es lo que debierais ser.—*Alfredo Bougeart*.

El honor y la debilidad son dos cosas que se cansan pronto de estar juntas.—*A. C.*

El exceso de modestia puede llegar á ser un exceso de orgullo.—*Chevier*.

El hombre debe proponerse siempre algo grande, algo que parezca superior á sus fuerzas; sin lo cual estas se amortiguan, como se amortiguan las del iman cuando durante mucho tiempo ha dejado de estar expuesto al norte.—*Juan Paul*.

LA MANO DE DIOS

(Conclusion)

Margarita le guió.
Salió por el postigo.
Entró en su carruaje.
Se arrojó en un ángulo de él y exclamó:
—¡Que la mate! ¡este es un amor del infierno!
Andrés veía claro que Margarita quería verse libre de Adela sin contraer responsabilidad de ninguna especie. Nunca el amor había puesto condiciones más irritantes y más terribles.
El crimen premeditado y frío contra una pobre criatura.
El delirio había invadido á Andrés.
Era esclavo de Margarita.

XII

Pero lo que Margarita le pedía era terrible. Andrés enloquecido por el amor, en un momento de delirio que hubiera podido llamarse álgido, le había prometido la comisión de un crimen.

Pero si Andrés podía sucumbir al amor incitado por cuantas sensaciones el amor tiene, y en un momento de arrebató, la reflexión y el imperio de su conciencia debían hacerle horrorizarse de su debilidad infame.

XIII

Permaneció algún tiempo doblegado.
Su cabeza ardía.
La sangre golpeaba en su corazón y en sus sienes con una fuerza aterradora.
Si aquello no era aún la congestión, estaba próximo á serlo.
Y para Andrés se iba convirtiendo Margarita en un sér monstruoso.

Era un sér infame, horrible por su infamia, y hermoso, hermosísimo por su forma, y tentador por intensidad de un amor sensual, satánico, arrebatador.

La fealdad del alma mata y hace desaparecer la hermosura del cuerpo, como generalmente la fealdad del cuerpo perjudica á la belleza del alma.

Lentamente el horror de sí mismo por el crimen que ciego y loco no se había atrevido á rechazar indignado, fué trasformando para él á Margarita en un verdadero demonio.

Su hermosura se hizo para él espantosa; una verdadera hermosura de Satanás, pero por lo mismo incontrastable. Era cuanto desgracia podía sobrevenirle.

La posesión de Margarita era para él una necesidad vital.

Y para satisfacer aquella necesidad, para no morir desesperado, Margarita le pedía que matase.

¿Le amaba Margarita?
Sí, y con frenesí, con delirio; había visto en sus ojos, en la conmoción de todo su sér, un amor tan frenético como el que él sentía.

Por lo mismo no era bastante que él se librase de aquel crimen de la vanidad y de la codicia de Margarita.

Era necesario que la salvase también á ella.
¿Qué hacer?

XIV

Andrés pasó la noche en vela, paseándose agitado por su cuarto, volviendo á sentarse, dominado por una inquietud mortal, por un padecimiento sin nombre.

Llegó al fin la mañana.
Una mañana en que la lluvia lenta y monótona caía envuelta en la niebla.

Parecía que la naturaleza estaba de duelo.
Los árboles del jardín con las formas caprichosas de sus troncos musgosos tenían para él una apariencia fantástica de espectros amenazadores que tendían sus rugosos brazos, que los agitaban amenazadores.

Los zumbidos del viento que se rompía en ellos, le parecían gemidos de muertos terribles que le amenazaban.

Continuaba el delirio haciéndole ver lo que no existía, volviendo contra él la naturaleza entera como debió volverse contra Caín.

XV

Andrés no pudo más.
Necesitó alejar de sí el horror del crimen, y conquistar la posesión de Margarita.

¿Y cómo?
De improviso lanzó un grito de alegría; su semblante perdió su tensión siniestra.

La inefable dulzura de la esperanza apareció en sus ojos.

Sacó de un cajón de su mesa de despacho algunos billetes de banco y los guardó en su cartera; tomó su abrigo, su sombrero y su bastón.

Cinco minutos después, decía, entrando en su carruaje, al lacayo:
—Calle del Tribulete, 5.

XVI

Un cuarto de hora después, el carruaje paraba á la puerta de una vieja casa de vecindad, poniendo en conmoción á los vecinos.

¿A quién podía buscar allí el señorón que bajaba del carruaje?

Lo supieron muy pronto.
Andrés preguntó por la Lola.

—¡Ah, ya!—dijeron para sí los que lo oyeron, con la alegría del que encuentra materia para murmurar, hincando el diente en el prójimo:

—Este viejo viene por la Adelilla.
A algunas muchachas se les pusieron los dientes largos de envidia.

¡Ahí es nada!

Un señor rico á quien comerle un lado, partiendo los despojos con el novio paciente que soterra á sangre fría un negocio que le aprovecha.

Le señalaron una negra puerta al fondo del patio.
Estaba abierta.

Andrés entró.
La Lola, con toda su fealdad y todo su cinismo, le salió al encuentro.

Le revolvió su mirada malévolamente y desvergonzada y le preguntó:

—¿Qué se le ofrece á V., caballero?

—¿Podemos hablar donde nadie nos oiga?

—Pase V.,—dijo la bruja.

Y cerró la puerta, y le llevó á un cuartucho húmedo, de paredes renegridas, en que había un pobre lecho y una silla.

Algunas pobres ropas de mujer pendían de su pared. Aquel era sin duda el dormitorio de Adela.

Andrés se sentó en la silla y la vieja en la cama.

Continuaba mirando con una inspección grosera á Andrés.

Este empezó por ponerle en las manos un billete de banco de mil pesetas.

—¿Y esto, por qué?—observó la Lola.
—Porque V. me ayude.
—¿A qué?
—A que todo el mundo crea que su hija de V. ha sido asesina.



EL PRIMER PASO, cuadro por Kaulbach

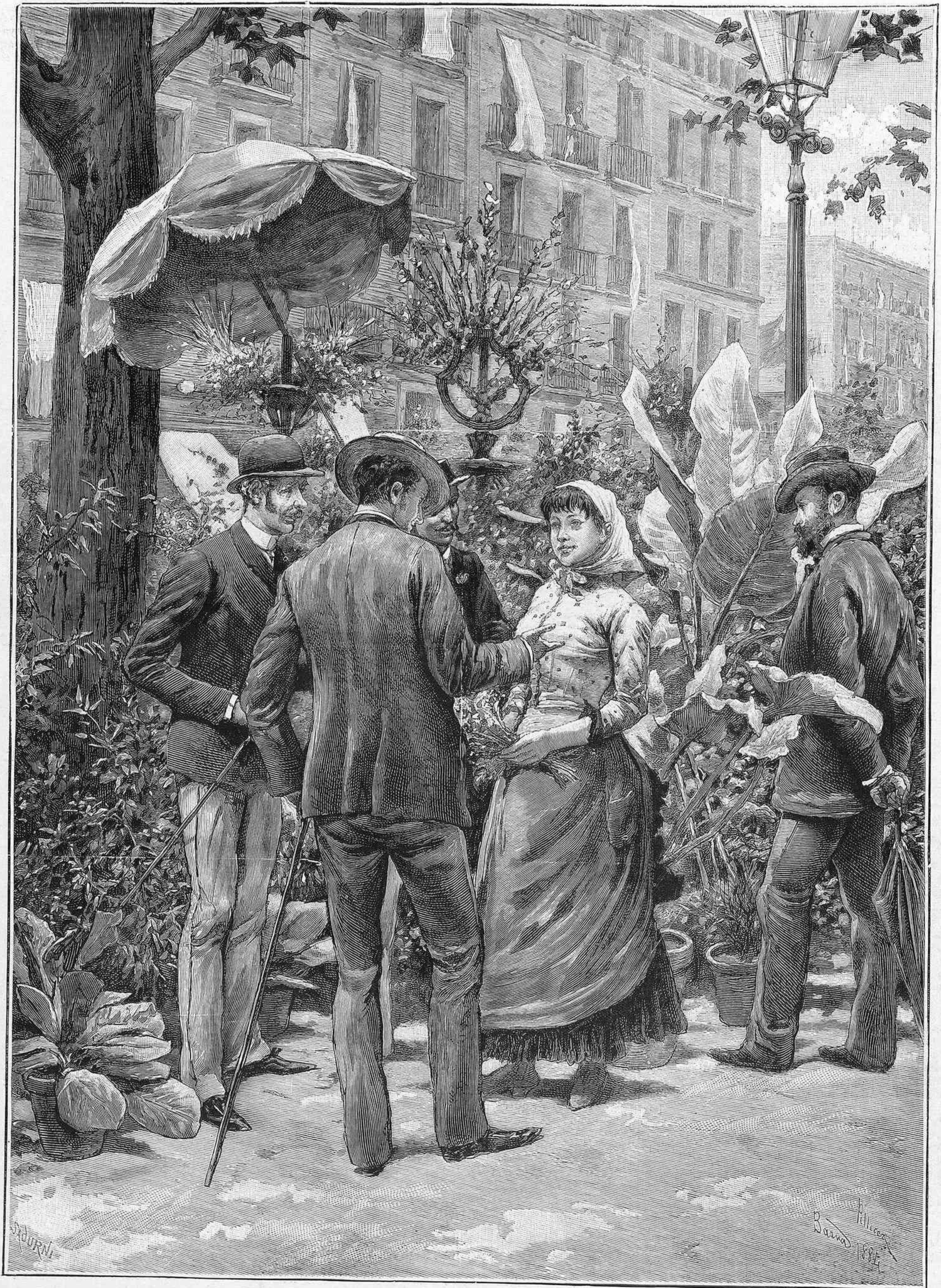
MINISTERIO DE CULTURA



RETRATO DE UN ALMIRANTE, por TROITZ-HALS (Museo de San Petersburgo)

Министерство культуры Российской Федерации

С. 127
С. 128
С. 129
С. 130
С. 131
С. 132
С. 133
С. 134
С. 135
С. 136
С. 137
С. 138
С. 139
С. 140
С. 141
С. 142
С. 143
С. 144
С. 145
С. 146
С. 147
С. 148
С. 149
С. 150
С. 151
С. 152
С. 153
С. 154
С. 155
С. 156
С. 157
С. 158
С. 159
С. 160
С. 161
С. 162
С. 163
С. 164
С. 165
С. 166
С. 167
С. 168
С. 169
С. 170
С. 171
С. 172
С. 173
С. 174
С. 175
С. 176
С. 177
С. 178
С. 179
С. 180
С. 181
С. 182
С. 183
С. 184
С. 185
С. 186
С. 187
С. 188
С. 189
С. 190
С. 191
С. 192
С. 193
С. 194
С. 195
С. 196
С. 197
С. 198
С. 199
С. 200



LA RAMBLA DE LAS FLORES EN BARCELONA, dibujo por Pellicer

La vieja dió un salto.
Andrés para no perder tiempo,
se había ido derecho al negocio.
—No entiendo eso bien,—observó la Lola.

—Una farsa.
—Pero, ¿y por qué?
—Todo se reduce á que Adela desaparezca durante un mes y todo el mundo crea que ha muerto.

La Lola miraba de una manera extraña á Andrés.

Parecía leer en su pensamiento.
—Cuanto V. quiera,—le dijo,—porque la justicia tenga por muerta á la niña,—añadió Andrés, mostrando á la bruja algunos otros billetes de Banco.

La Lola tendió hácia ellos una mano arrugada.

En sus pequeños ojos grises y repugnantes ardía la avaricia.

—Esto no es más que una pequeña muestra de mi agradecimiento; dentro de un mes puede aparecer de nuevo Adela: yo me comprometo á hacer su fortuna, yo se lo aseguro: yo haré que la reconozca su padre.

—Su padre es un canalla.
—La reconocerá.

—Pero ¿cómo hago yo que parezca muerta sin morir?

—Eso es cuenta de V.: si convenimos, no tenemos que volver á vernos más.

—Si la reconoce su padre, la heredera será duquesa.

—Eso quiero yo: pero para eso es necesario que la crea su padre muerta, que sienta el remordimiento, y entónces aparecerá.

Como se ve, Andrés mentía.
Imitaba á la Lola.

—¡Ah! ¡V. sabe su historia!—dijo ella.—V. la quiere, ó quiere V. hacer un buen negocio casándose con ella, cuando herede: dicen que ese infame se está muriendo.

—Por lo mismo es necesario no perder tiempo.

—Es lástima que ella no esté aquí: ella es muy lista y ella encontraría una manera: pero está en la Fábrica; ¿quiere V. que yo vaya á buscarla?

—No; yo no volveré á ver á V. hasta que el negocio esté terminado.

—Bien,—dijo la Lola;—he encontrado medio para cosas más difíciles.

—Pues, adios.
—Vaya V. con Dios.

XVII

Andrés salió aquel mismo día de Madrid para el Escorial, sin avisar á Margarita.

No quería verla hasta que pudiese decirle:

—Adela ha muerto.

Tres días despues, los periódicos noticieros traian el suelto siguiente:

«SUICIDIO EXTRAÑO.—En la dehesa de la Macision los guardas encontraron ayer las cenizas de una grande hoguera: cerca había ropas exteriores de mujer y sobre ellas y sujeta por una piedra una carta que contenia lo siguiente: «Aborrezco la vida, y si no me la he quitado ántes, es porque sé que los que se matan les hacen la *natomia*, y yo no quiero que ya que nadie ha visto mi cuerpo me lo vean los médicos del *ospital*; yo haré un monton de leña, le pegaré fuego, y luégo me echaré en él y me daré, para no morir quemada viva, una puñalada en el corazon: dejo mi vestido y esta carta para que no se culpe á nadie de mi muerte: que avisen á mi madre la Lola Gomez, que vive en la calle del Tribulete, núm. 5.—*Adela Gomez.*»

Acudió el juzgado de guardia.
Se revolviéron las cenizas, se encontró entre ellas una navaja grifer abierta, con las cachas quemadas y una pequeña cruz y dos aretes de oro renegridos.

Se avisó á la Lola Gomez.
Ella reconoció estas prendas que quedaban de su desdichada hija.

Los peritos han declarado que la carta es auténtica.
Consta, pues, este horrible suicidio que se atribuye á unos amores contrariados.»

XVIII

Esta noticia causó por algunas horas una sensacion profundísima.

Peró el indiferentismo es un rasgo distintivo de nuestro tiempo.

Al día siguiente nadie hablaba de ella.
Margarita leyó la noticia con una avidez sombría.
—Esto es terrible,—dijo,—la casualidad se ha anticipado á mis proyectos; no tengo este crimen sobre mi con-



ANNAMITAS SILBANDO PARA ATRAER AL VIENTO

ciencia: ¡ah! ¡la conciencia! yo no creia en la conciencia y sin embargo, vive, vive, se revela terrible cuando la evoca el crimen: pero yo no he cometido un crimen; ha sido ella, ella... pero ¿por qué ha desaparecido Andrés? Este es un misterio y es necesario que yo lo aclare.

XIX

Margarita escribió y envió á casa de Andrés el billete siguiente:

«¿Qué es de tí? has desaparecido y estoy inquieta: no sabia yo cuánto te amaba; ven.—*Margarita.*»

Peró Andrés no estaba en su casa, ni nadie en ella sabia su paradero.

Al día siguiente volvió y encontró el billete de Margarita.

Corrió á verla.
Margarita se arrojó llorando en sus brazos.

—Creía que no iba á volver á verte,—exclamó,—y te he esperado agonizando.

—Yo tenia miedo,—dijo Andrés.

—Miedo, ¿y de qué?

—De un proceso.

—Peró ella se ha suicidado.

—No,—dijo Andrés;—se la ha matado, se la ha quemado: se ha falsificado la carta que ha encontrado el juzgado, una falsificacion admirable; el juzgado ha sido engañado; ha sobreseido ya este timo; ya eres la heredera necesaria de tu tio; yo lo he arrostrado por tí todo: sé mia.

Margarita se había vuelto mortalmente pálida; en su mirada extraviada había algo de insensatez.

—¡Tengo sangre sobre el alma!—gritó con extravío;—yo no sabia lo que era esto: ¡el crimen! ¡oh! ¡el alma! ¡Dios!

Y sus ojos se extraviaron más y más.
—¡Ah! ¡estas manos que me ahogan!—exclamó Margarita.

Andrés se espantó.

La locura se marcaba más y más en el desencajado semblante de Margarita.

—¡Ah, adorada mia!—exclamó Andrés;—recóbrate; vuelve en tí.

—¡Oh, sangre! ¡sangre! ¡y no saber lo que era la sangre sobre la conciencia! ¡esto me matará!

—¡Ah, no! escúchame,—dijo Andrés viendo que la reaccion ya se había hecho en el alma de Margarita.—Adela vive: todo esto ha sido una farsa.

—¡Que Adela vive! ¡que se ha hecho una farsa!—exclamó con una horrible ansiedad Margarita;—no, tú me engañas: si vive ¿dónde está?

—Tranquilízate, adorada mia, yo te la traeré: yo he querido engañarte para que fueras mia: tu amor era mi bien; y ahora te amo más, porque el remordimiento y el arrepentimiento te han purificado.

—¿Dices que no ha muerto?

—No.

—¿Me lo juras por tu amor?

—Sí.

—¿La traerás? ¿la veré yo?

—Sí: cuanto ántes, si la traen del lugar en que debía estar escondida hasta que se celebrase nuestro casamiento.

—¡Ah! ¡tú me has salvado! ¡cuánto te amo! ¡qué feliz soy!

XX

Aquella noche Andrés llevó á Adela á casa de Margarita.

Esta la cogió en sus brazos y la besó frenética.

Al verla se le había quitado el peso horrible que la sofocaba el corazon.

Había calculado audazmente el crimen y al creerlo consumado se había espantado de sí misma.

Coincidió con la venida de Adela la exacerbacion del asma del duque de la Fabilla.

Había sabido la noticia del suicidio y su conciencia se había sublevado en él implacable.

Se había exacerbado su enfermedad.

Los médicos habían predicho su fin próximo.

XXI

Quando le previnieron, quando le presentaron á Adela, le acometió una convulsion como si en vez de su hija viva hubiera visto su espectro.

—Ya te he reconocido,—dijo,—ya te he dejado mis bienes y mi título.

XXII

Todo estaba terminado.
Adela fué reconocida.

A aquella farsa que ante la justicia era un delito, se le echó tierra.

Andrés y Margarita se apresuraron á casarse ántes que se lo impidiese un luto.

Algunos días despues de las bodas, el duque murió.

Adelilla quedó bajo la tutela de Margarita que la llevó á un colegio de Lóndres para que la educasen.

Con el legado que su tio le había dejado, tenia Margarita cinco mil duros de renta, que unidos á la de Andrés hacian diez mil.

Se podia vivir decentemente.
Margarita decia con frecuencia á Andrés:

—No éramos malos; era que estábamos viciados; ya soy feliz: esto ha sido *La mano de Dios.*

MANUEL FERNANDEZ Y GONZALEZ

LA CAJILLA DE FÓSFOROS

—Vales ménos que un fósforo, so *Chute.*
—Y tú ménos que una cajilla vacía, tia *Escobar.*

Así se dijeron ayer una manola y su majo, al pasar yo delante de la desavenida pareja junto á un puesto del Rastro.

* * *

Recapitemos, me dije, siguiendo mi camino, y pensando en ese incansable allanador de dificultades que se llama *Progreso.*

Y de no sé cuál rincon de mi memoria se levantaron vivos los recuerdos de aquellas mañanas de invierno muy frias en que yo, niño, muy niño aún, escuchaba acurrucado en mi cama los *¡Válgame Dios!* y los *sapos* y *cu-*

lebras y hasta ternos muy redondos que Rosario (el ama que me crió) echaba por aquella boca, cuando, habiéndose apagado la *mariposa maldita*, tenía á tientas que echar lumbres con el eslabon y el pedernal, para encender la yesca.—Nadie en la casa, más que ella—¡jella solamente!—había de cuidar la antiquísima *caja de las pajuelas*, veneranda y venerada herencia de familia, y más estimada por eso que si fuera de oro puro, aunque sólo era de plebeyo hierro vizcaino con intrincadísimas curvas cinceladas. Un cuadrúpedo, que decían ser un lobo, servía para abrir la tapa. Dentro había compartimientos para las pajuelas, para la yesca, para las piedras de chispa (entre las que había dos de ágata) y para el eslabon, que figuraba un mastin, —al cual entónces, en mi infantil estética, calificaba yo de muy superior á la octava maravilla.

Rosario se consideraba como la única en el mundo para eso de *echar yesca y aviar una mariposa*...; pero, á decir verdad, la mariposa se apagaba todas las noches *precisamente al amanecer*; y Rosario tenía siempre negra la uña del dedo pulgar de la mano izquierda, porque en ella solía darse con el eslabon, en vez de dar en el pedernal; y ese tino especialísimo para pegarse en la uña zurda, ó tal vez en los nudillos, era la causa de sus devotas imprecaciones á la *Santísima Trinidad*, y *sea todo por Dios*, entreveradas con enérgicas interjecciones y corajudas patadas en el suelo. Un olor infernal del azufre de las pajuelas, seguido de un mohino *Gracias á Dios*, ponía término á la contienda entre el eslabon, los dedos, y el pedernal; y, á poco, había irregulares alternaciones de mortecina claridad y de oscuridad profunda en el corredor, á que daba la puerta de mi cuarto, según que Rosario iba de acá para allá con la lamparilla, encendida al fin á costa de tanto *chis chás*, plegaria y maldición.

Y ¿quién describe la tormenta de rayos y centellas que se desencadenaba cuando, al abrir la ventana en la cocina, el viento apagaba la luz?

—¡Vales ménos que un fósforo!

....¿Cómo se conoce que la chula no alcanzó la edad de la yesca y la pajuela en que yo tuve la.... la honra de nacer!

¡Qué de industrias entónces florecientes! Según noticias, la manufactura de las cajas de pajuelas constituía un negocio de los más lucrativos en Birmingham; y la de tallar las piedras de chispa daba ocupación á millares de personas en los distritos abundantes en pedernal. Pues ¿y la yesca? La había de dos clases; la de trapos carbonizados, sucia y asquerosa, muy usada en Francia é Inglaterra; y la de hongos y cardos preparados en fuertes soluciones de nitró,—usada casi exclusivamente en España y Alemania.

Los recuerdos del tiempo antiguo (que yo creía muertos para siempre) se están levantando ahora, como si pertenecieran á la semana anterior. ¡Pues no me decía el ayo de mi escuela cuando empezaron á usarse los *lucíferos* (fósforos de madera):—¡Dios mío! ¿qué sería de los pobrecitos que viven de hacer yesca y pajuelas, si esta nueva invención del *Lucifer* se llegara á generalizar?—En el pobre cacumen de aquel buen hombre no cabía el concebir que se centuplicase con la flamante industria de *hacer luz* el número de manos ántes empleadas en forjar eslabones y tallar pedernales. No comprendía que el consumo de los lucíferos vendría á ser tal que habían de necesitarse potentes máquinas para cortar los palillos de madera (que eran y son generalmente de pino americano), donde habían de colocarse las cabecillas de los fósforos. Sierras rotatorias de movimiento rapidísimo cortan primeramente el pino en delgadísimas chapas; y despues las chapas en listoncillos cuadrangulares, que luego se subdividen en los conocidos prismitas cuadrados que, al cabo, constituyen los palillos de los fósforos.

¡Cuán léjos estaba el pasante de imaginar que solamente el cortado del pino había de constituir una industria muy activa! Los que se dedican á fragmentar la tea no se ocupan en colocarles las cabecillas de los fósforos: esto queda para otros industriales. Cada máquina corta *dos millones* de prismitas diariamente. Los palitos, al salir de la sala de las máquinas, se deslizan por su gravedad



CHINO SOBRE SU JUNCO

á un departamento inferior, donde mujeres y niñas los coleccionan por gruesas, las gruesas por paquetes y los paquetes por cajas. Las cajas se reúnen, por fin, hasta formar un bocoy que contiene unos dos millones de astillas. En muchos molinos de Inglaterra se cortan cinco y seis millones de palillos cada día. Si los palillos han de resultar cilíndricos en lugar de cuadrados, la segunda forma se les da, introduciéndolos por agujeros circulares hechos en planchas de acero muy templado, para lo cual es necesario afilar exactamente los bordes de los agujeros, y forzar por ellos los prismillas por medio de una gran presión.

En Sajonia no llega á 15 pesetas el valor de un millon de estas astillas. En Bohemia resultan la mitad más baratas; y en Schüttenhofen doce cajas con cien palillos cada una y sus fósforos ya puestos, cuestan unos cincuenta céntimos lo más.

¡Vales ménos que un fósforo!....

¡Cuánto adelanto no supone, cuán enorme serie de procesos evolutivos no patentiza el innegable hecho de ser hoy una cosa despreciable, Á FUERZA DE ABUNDANTE, el objeto vulgarísimo con que se obtiene instantáneamente la luz!

Y, sin embargo, ¡qué no darían por un fósforo los salvajes de las islas del mar del Sur, que, para obtener luz, necesitan frotar enérgicamente dos pedazos de madera seca, hasta que les prende fuego el calor producido por el frotamiento! ¡Cuántas fatigas no requiere la adquisición de la destreza necesaria al efecto; pues pocas veces lo consiguen, por falta de habilidad, los europeos, de fuerza muy superior á la de los salvajes!

¡Qué sería del hombre sin el fuego!...

Así se concibe que los Egipcios hiciesen de él una divinidad, Phtha, la segunda de las tres Kamesis (Knef, Phtha y Fré) potencia de creación, de producción y de vida, representada en forma de gavilan dentro de un nicho oval, símbolo del huevo del mundo.—Así se comprende que el mayor de los crímenes en la mitología helénica fuese el robo del fuego. Prometeo quitó al Sol una parte del suyo, y, por eso, Júpiter lo encadenó en el Cáucaso,

donde un buitre le roía eternamente las entrañas, que eternamente le renacían para que nunca tuviera término el dolor.—Una divinidad, Vesta, presidía al hogar doméstico y al fuego interno de la tierra. Los pelasgos, los habitantes de Troya y los romanos, que pretendían descender de los troyanos, tributaban culto á esta diosa, que, con Minerva, era la primera de las divinidades llamadas Penates; y, en su obsequio y honor, cada casa mantenía un fuego perpetuo. ¡La necesidad llegó á hacer asunto religioso el mantenimiento de lumbre en cada hogar!!

La conservación del fuego llegó á tanto, que en Roma exigió nada ménos que una institución.—Sacerdotisas especiales fueron encargadas de mantener el fuego sacro en el altar de Vesta, y de ejecutar, en honor de tan indispensable divinidad, ritos misteriosos. Las vestales estaban obligadas á guardar castidad todo el tiempo de su ministerio, que duraba 30 años, y era enterrada viva la que violaba su voto; ¡que la asidua conservación del fuego se llegó á considerar como incompatible con la creación de una familia! Pena igual sufría la vestal que dejaba apagar el fuego sacro. En cambio, ¡cuánto privilegio disfrutaban! Su solo dicho hacia fe en juicio, sin necesidad de juramento: salvo era el criminal á quien ellas encontraban á su paso.

Otro recuerdo.

Mi médico (que tuvo la feliz ocurrencia de morirse ántes de que acabara de dejarme enteramente ciego *secundum artem*) me cogió un día leyendo.

—¿Lo ves? Ahora no me lo negarás. ¿Cómo he de ponerte bueno de esos ojos que vas á perder sin remisión? ¿No te he dicho que te abstengas religiosamente de leer? ¡Ni un sobrescrito! ¡Cargarse la cabeza! Y ¿qué estudiabas?

—Nada. Leía solamente el cómo los salvajes se procuran fuego restregando dos maderos....

—¡Qué bárbaros!

—¿Bárbaros? Pues mire V., que rido doctor, esos salvajes, muy señores míos, han estado haciendo desde muy antiguo, ciencia enteramente á la moderna.

—Infundios! ¿Cómo?

—Pues claro: convirtiendo el movimiento en calor. ¿Ve usted? Lo mismo que está V. ahora haciendo sin pensarlo.

En efecto, mi hombre había sacado su caja de cerillas y había restregado en ella la cabecilla de un fósforo, procurándose así luz para encender su cigarro.

—Hombre, gracias. ¡Con que yo soy un salvaje!

—No, doctor. Aristóteles no enseña ese silogismo. De que V. respire, como los caníbales, no se desprende que sea V. un antropófago.

Y, en verdad, que el procedimiento del salvaje era el mismo que el del sabio doctor: transformar el movimiento en calor, y el calor en luz.... Todo igual, ménos la fatiga;... gracias á la codicia de un alquimista estrafalario.

Porque es de saber que había en Hamburgo, ya muy mediado el siglo XVII, un buen *adepto*, Brandt, quien, como todos ellos, sólo soñaba con trasmutar en oro las materias viles.

Todos habían pensado ántes que él en la trasmutación de los metales; pero Brandt hubo de decirse un día: «¿Porqué no ha de provenir del oro el amarillo de la orina? Y, dicho y hecho: dióse á buscar en ella el metal codiciado; y, ¡oh portento! no dió con el oro ni con la piedra filosofal; pero sí con cosa muchísimo mejor; pues encontró el fósforo en 1669. Dícen que comunicó el secreto á Kunckell, químico sueco, que, diez años más tarde, se atribuyó el mérito de la invención. Otros, sin embargo, cuentan que—independientemente de Brandt—halló Kunckell el fósforo; y que, más generoso que el alquimista hamburgués, no quiso conservar oculto su descubrimiento.

Hoy el fósforo no se extrae de donde lo sacaron Brandt y Kunckell: se saca de los huesos, constituidos de *fosfato* y de carbonato de cal y de un 33 por 100 de materia animal.

¡Los huesos de los muertos nos proveen de luz! Tal vez el autor del libro que iluminó nuestra inteligencia, dejó en sus huesos, profanados por mano sacrílega, la materia que disipa las tinieblas de nuestra noche.

* *

La química de los palillos de tea americana y de las cerillas con *cabeza de fósforo* ha sufrido muchos cambios en este siglo, desde el momento en que, extraído de los huesos, se abarató el precioso metaloide, que al principio se vendía por su peso en oro.

Todos los medios, pues, de proporcionarse luz, inventados en este siglo para prescindir de la casi inevitable desventura de la yesca y la pajueta... (el eslabon neumático, el eslabon eléctrico de Volta, el piróforo, las mechas de clorato de potasa puestas oportunamente en contacto con trenzas de amianto impregnadas en ácido sulfúrico...) todos han desaparecido casi por completo ante los lucíferos y las cajas de cerillas fosfóricas.

Las pastas que sirven para las cabecillas de los fósforos son, con pocas variaciones, como sigue:

fósforo.	25-25
cola.	20
goma.	0-25
agua.	45-30
arena muy fina.	20-20
ocre rojo.	5-5
bermellon.	1-1

El manejo del fósforo produce quemaduras muy graves, porque el agente corrosivo se acidifica y penetra más y más. Una solución de hipoclorito de potasa con magnesia en suspensión, aplicada en los primeros momentos, hace desaparecer en cinco minutos los dolores.

El fósforo comun es sumamente venenoso.— El mejor remedio es el hipoclorito de magnesia.

Y aquí se levantan en la memoria los mil dramas de amor, ó de incuria, ó de venganzas... á que ha puesto tremendo fin el fósforo; pero... ¿no vale más no hacerles caso? ¿Qué queda para las gacetillas de las publicaciones horripilantes?

* *



BEBÉ, dibujo por Stuckelberg

Y, sin embargo, todos esos dramas se habrían evitado no empleando en las cerillas el fósforo comun.

Expuesta esta sustancia á la luz ó á cierto grado de calor en aparatos *ad hoc*, entra en un estado especial, que determina en ella propiedades enteramente distintas de las que normalmente tiene. El siguiente cuadro, que pue-

significa de CIVILIZACION y de PROGRESO el hacer la obtencion de la luz casi despreciable; el poder prescindir de Júpiter y de Vesta, y el llevar en el bolsillo nada ménos que la institucion de las Vestales en una bonita caja de fósforos adornada de fotografías picarescas?

E. BENOT

de verse con más amplitud en cualquier obra de química, da idea de la trasformacion.

FÓSFORO COMUN

Incoloro.
Dodecaedro romboidal.
Densidad=1.82.
Calor específico=0,1887.
Soluble en sulfuro de carbono.
Alterable inmediatamente al aire.
Fosforescente.
Inflamable á los 60°.
Hierve á los 290°.
Se combina con el azufre á los 120°.
Es atacado violentamente por el ácido nítrico caliente.
Venenoso.

FÓSFORO MODIFICADO

Rojo escarlata.
Amorfo.
Densidad=1,96.
Calor específico 0, 1698.
Insoluble.
Lentamente alterable.
No fosforescente.
Inflamable á los 260°.
A los 260° y en una atmósfera que no contenga oxígeno, vuelve á ser fósforo comun.
Se combina con el azufre á los 230°.
Atacado lentamente por el ácido nítrico.
No venenoso.

* *

Pero, habiendo una forma de fósforo no venenoso ni fácilmente inflamable, ¿cómo es que no se extiende el uso del *amorfo* hasta hacerse enteramente exclusivo?

Pues... ahí verán Vds., como dijo quien yo me sé.

Primeramente porque el fósforo rojo cuesta doble que el fósforo comun.

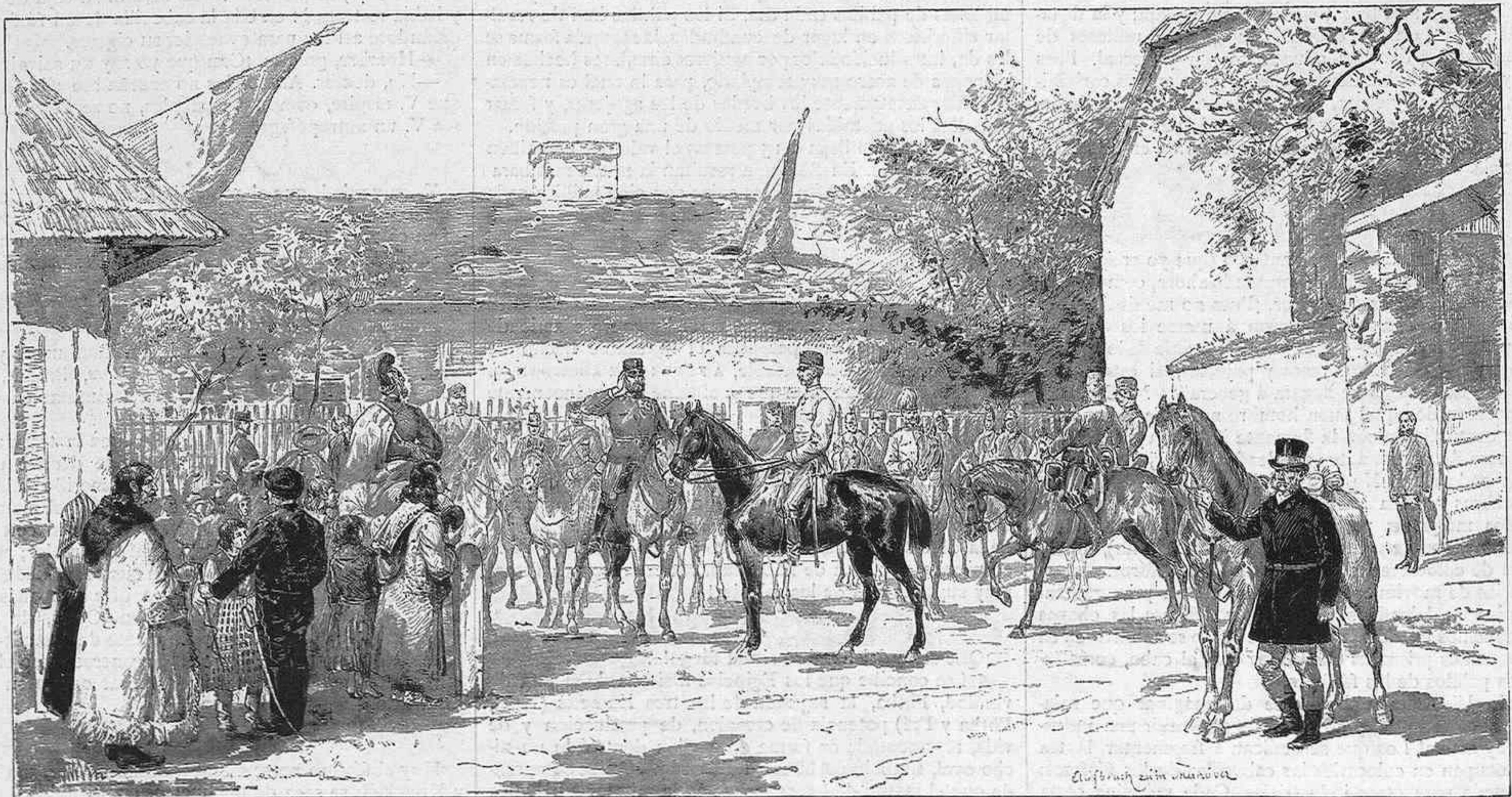
Y, en segundo lugar, porque el hombre no pertenece á una raza de cobardes.

Verdad es que quien ama el peligro en él perece.

* *

¡Vales ménos que un fósforo, so Chute!...

¡Ah! chula, chula de mis pecados; ¿sabes tú todo lo que significa de CIVILIZACION y de PROGRESO el hacer la obtencion de la luz casi despreciable; el poder prescindir de Júpiter y de Vesta, y el llevar en el bolsillo nada ménos que la institucion de las Vestales en una bonita caja de fósforos adornada de fotografías picarescas?



LLEGADA DEL JEFE, apunte del natural por E. Mahover

Quedan reservados los derechos de propiedad artística y literaria

IMP DE MONTANER Y SIMON,